

El temblor del universo

A veces, había caminado hasta el Riachuelo por una callecita de retamas, que de improvviso se volvía de tierra. Me sentaba sobre un muelle y el agua iba cloqueando obscura sobre esqueletos de barcasas.

Al regreso, me perseguían damas de noche con su urgente fragancia.

Ya algo había barruntado por lo excepcional de mi terraza. No cualquiera tiene una terraza que mira sobre un jardín con fuente y cuatro garzas rosas custodiadas por cuatro solteronas negras. No cualquiera ve en el horizonte de Barracas una flecha en una torre gótica, descubierta o retaceada por los árboles. No cualquiera. Subía en los atardeceres. Sobre los techos bajos, el cielo era una copa azul oscuro. Esperaba. Al filo de la noche, despertaban las estrellas.

Tenía trece años. Así, como en un juego, fui juntando las palabras: "Las estrellas brillan en el cielo, y yo estoy

sola, aquí, en la tierra". Creí que era hermoso. Supe que era mío. Dije que era poeta.

Después de esa autoconsagración ingenua, nunca dudé: mi destino eran las letras.

En todos estos años, desde la cátedra, desde el Instituto, desde los artículos o la creación, sólo he intentado transmitir esa emoción primera: el temblor del universo y la intuición vertiginosa que lo capta y lo fija en un texto.

Como el viejo Platón sigo creyendo que lo bello y lo bueno son sinónimos. Que en la cultura de lo descartable es más que nunca necesario educar para ser "kalói kai agathói". Que sólo las humanidades tienen el hilo de Ariadna que nos rescatará de esta caverna de pacotillas y oropeles para guiarnos de nuevo hacia la luz.

Nora Andrade

